H. C. F. Mansilla

Esbozo de una teoría crítica de la modernización: la marcha victoriosa de la racionalidad instrumentalista en América Latina

Summary: *Postmodernist approaches can supply a contribution to understand problems of actual Political Sciences, for they can relieve the rigours of the more classical theories. Those approaches help us to perceive more positively all phenomena of social and political heterogeneity; they provide us with a sceptical view of grand systems and discourses; they allow a critique of modernity and thus a critique of material progress and development (as the most important normative goals of historical evolution); they favour the autonomy of different fields of action and thinking. Postmodernist approaches may help us to understand the ambiguities of modernization processes, but they also tend to dilute the conception of any public welfare and thus to justify the given situation of a society only because it is the actual one.*

Resumen: *Los enfoques postmodernistas pueden brindar un aporte a la comprensión de problemas propios de las ciencias políticas, ya que permiten mitigar los rigores de las teorías hoy clásicas. Estos enfoques nos hacen ver en una luz más positiva los fenómenos de heterogeneidad de todo tipo, nos brindan una visión escéptica de los grandes discursos y sistemas, nos permiten una crítica de la modernidad en todas sus formas (y, por ende, del progreso y del desarrollo como máximos valores normativos de la evolución histórica) y favorecen la autonomía de las diversas áreas de acción y pensamiento. Si bien estos enfoques nos permiten percibir las ambigüedades de la modernidad, también contribuyen a diluir la idea del bien común y a legitimar el estado actual*

de una sociedad por ser precisamente el prevaleciente en un momento dado.

La relación entre los problemas ecológicos y la dimensión política no es enteramente comprensible sin un análisis de algunas corrientes generales que influyen el pensamiento colectivo en América Latina de manera dominante, pero sin que ellas hayan adquirido consciente y racionalmente su carácter y sin que puedan ser consideradas como productos autóctonos de la evolución interna de estas sociedades. Se trata, en una palabra, del prestigio y peso crecientes que el utilitarismo y el pragmatismo de corte positivista han cobrado tanto en el pensamiento científico aplicado como dentro del marco más difuso de la reflexión política. Es decir: no solamente la planificación económica, las ideas rectoras sobre inversión y administración y la formación de conceptos en ciencias sociales, sino también la discusión política y hasta el debate de temas sociales en general por el gran público han adoptado paulatinamente normas y principios instrumentalistas, rechazando puntos de vista de orden trascendente o razonamientos que vayan más allá de las ventajas materiales de corto plazo y del cálculo de costos y beneficios. Esta evolución ha sido justificada desde numerosos puntos de vista, insistiéndose en la necesidad de terminar con criterios metafísicos, religiosos, utopistas, o también, desde la óptica socialista y revolucionaria, aludiendo a la obligación de superar momentos tradicionales o conservadores o argumentos de reducida utilidad social.

La inclinación generalizada por el instrumentalismo está ligada al éxito secular que han alcanzado en escala mundial los llamados centros metropolitanos, a los efectos de demostración que estos han producido en todas las sociedades periféricas y al ansia colectiva y urgente de imitar esos éxitos y de alcanzar un desarrollo socio-económico equivalente. Ante la fuerza normativa que tienen los modelos del Norte, es natural que también las líneas de pensamiento y los parámetros rectores de la tecnología occidental se convirtiesen en los principios determinantes de una buena parte de las reflexiones políticas en América Latina y en los paradigmas teóricos de sus élites funcionales. Este proceso, sin embargo, no se ha llevado a cabo como la adopción consciente de una nueva y mejor ideología, desplazando revolucionariamente a otra, juzgada ahora como obsoleta, sino como la inclusión lenta pero sistemática de elementos utilitaristas en el pensamiento colectivo, inclusión realizada de modo preconsciente y, por lo tanto, proclive a tener la validez de las cosas obvias.

Esta evolución en América Latina está vinculada al desarrollo del concepto de ciencia y tecnología en el mundo occidental. Como se sabe, la emancipación del pensamiento científico de la tutela escolástica, que se inició con el Renacimiento, ha sido un proceso fundamentalmente ambivalente. Por diversas causas, entre ellas el temor de un nuevo predominio de corte metafísico, se rechazó toda teoría que trascendiese la inmanencia de los fenómenos constatados: toda visión de conjunto, que intentase interpretar la realidad fuera del estricto principio de causalidad y construyese hipótesis sobre el desarrollo histórico como un proceso unitario y teleológico, ha sido desde entonces condenada como inconciliable con la concepción moderna de la ciencia. Naturalmente que los científicos no han abandonado las especulaciones situadas fuera de la investigación experimental, pero estas han sido consideradas frecuentemente como cuestiones pertenecientes al plano de lo personal y relativo, donde reina el arbitrio subjetivista en lugar de la certeza absoluta de la constatación empírica. Esta predisposición por el conocimiento en sí mismo, depurado de toda explicación hermenéutica y de todo interés trascendente al mismo, ha llevado a la separación entre ciencia y moral, entre conocimiento científico propiamente dicho y valores de orientación en el campo ético; estos últimos corren entonces peligro de ser determinados de modo decisionista por el relati-

vismo ético o político de turno. La abstinencia moral de los profesionales formados científicamente o, por lo menos, influenciados por estas tendencias de manera indirecta, conduce a que estos desatiendan la dimensión social y de largo plazo de su quehacer altamente especializado: no se sienten motivados a poner en cuestión el orden social en que viven, el programa que establecen los especialistas de la praxis, los políticos, y menos aún algunas ideas rectoras de carácter preconsciente que determinan las concepciones reinantes acerca del progreso histórico. Los especialistas en planificación económica o los administradores de empresas no se sienten generalmente en la obligación moral y menos aún en el deber profesional de prever las consecuencias de su labor fuera del marco de referencia de su trabajo específico o de las indicaciones que ha recibido desde arriba. En este sentido, es muy improbable que estos importantes grupos sociales lleguen a interesarse por la problemática ecológica que se puede derivar de su actividad, pues esta clase de reflexión es considerada o estrictamente extra-científica ("moralista") o situada fuera del radio de acción de los profesionales en cuestión.

La separación entre ciencia y ética impide, precisamente en nombre de una científicidad severa, que profesionales y técnicos se preocupen por terrenos marginales que no pertenecen directamente a su responsabilidad habitual; una evaluación sobre estos asuntos implicaría igualmente un juicio de valor acerca de las líneas históricas de desarrollo y sobre el significado mismo del progreso -es decir, juicios sobre temas que no son nada afines a la científicidad positivista. La extrema especialización, otro rasgo característico del quehacer científico actual, se inserta igualmente en el circuito de argumentaciones tan caro a los economistas y profesionales de tendencia utilitarista. Bajo el pretexto de la división necesaria de tareas y competencias, ellos creen que cualquier incursión fuera de su campo rigurosamente delimitado y más aún en terrenos peyorativamente llamados especulativos como la ecología, denota una cierta irresponsabilidad y ligereza no congruentes con los principios científicos generalmente aceptados. La especialización suministra así una poderosa razón para no abandonar los cánones habituales del quehacer profesional, cánones que, por otra parte, tienen la función importantísima (aunque no siempre reconocida explícitamente) de conceder al investigador y al profesional una cierta seguridad al

ir examinando la realidad social, preservándolo de datos y conocimientos que podrían poner en cuestión sus propias ideas básicas y sus ilusiones más caras acerca de la evolución en sus países. El análisis de problemas ecológicos y el cuestionamiento de la pretendida positividad permanente del progreso material son ocupaciones que, por el contrario, pueden originar bastante inseguridad en torno de los dogmas históricos, políticos y científicos de nuestro tiempo.

La separación entre ciencia y ética o la dicotomía entre conocimientos y valores se ha manifestado también de otras maneras a lo largo del transcurso de la civilización occidental. La renuncia a una moral basada en principios trascendentes y metafísicos ha dado paso a una ética de aliento reducido y de carácter instrumental, es decir a un conjunto de reglas para el comportamiento social adecuado y exitoso que contribuyan a la dominación acertada de una situación concreta. Esta forma de moralidad implica por un lado la indiferencia hacia todas las fundamentaciones religiosas y trascendentes de la actividad humana, de sus principios rectores y de sus instituciones, pero la negación del fatalismo y de la resignación estoica, por otro. Esta concepción establece, además, una base firme para la autonomía individual del hombre y para una actuación suya enérgica y medida exclusivamente por los logros mundanos. El éxito de la civilización occidental se debe, y en proporción no desdeñable, a esta noción de moralidad y a este criterio de comportamiento exentos de toda legitimidad metafísica.

La dicotomía entre conocimientos y valores o entre ciencia y moral no exhibe, sin embargo, sólo un aspecto positivo, como la concepción de la factibilidad de la historia como esfuerzo humano y la superación de todo fatalismo secular, sino también uno negativo: la reducción del hombre a mero material experimentable. La ciencia pasó de ser una forma de interpretación del cosmos a una manera de domeñar el mundo: la belleza del conocimiento puro fue desplazada por la aptitud de dominar la naturaleza. La ciencia no se detuvo, empero, en esto, sino que utilizó la dominación de las fuerzas naturales para el control del hombre. La emancipación del tutelaje escolástico-medieval fue combinada, por lo menos en la esfera de las ciencias aplicadas y en una parte importante de la reflexión en torno de problemas sociales, con una renuncia implícita a plantear cuestiones de orden trascendente, con una tendencia a aceptar el marco de

referencia del momento como el marco de referencia indubitable y manejar todos los datos como si perteneciesen a una estrategia social de costos y beneficios. La dominación de la naturaleza resulta así ser solo una parte de un programa mayor dedicado a registrar, controlar y utilizar recursos naturales y humanos de la manera más rentable posible y de acuerdo con los parámetros del éxito mundano.

La conciencia intelectual en América Latina, especialmente aquella que predomina en las esferas de la planificación económica, de la administración de empresas, de la alta burocracia estatal y de los grandes partidos de masas, no ha podido o no ha sabido abstraerse a este proceso más o menos universal. También ella muestra una clara inclinación al desplazamiento de criterios trascendentes y a una reducción instrumentalista. El instrumentalismo alcanzado es de índole universal, fidedigno, en sí mismo perfecto y supra-ideológico, pero desprovisto de la dimensión crítica, especulativa y trascendente, es decir, privado de todo momento no-utilitario y no-rentable. Se puede así proyectar metas para el desarrollo económico, crear nuevas industrias, generar nuevas necesidades de consumo y hasta mejorar el armamento de los ejércitos respectivos, sin preguntarse por el sentido mismo de estas creaciones, sin preocuparse por las consecuencias de estas actividades en el campo ecológico y por los costos sociales y humanos del progreso material. La reducción de la razón a su aspecto primordialmente instrumental la convierte en la mera racionalidad de los medios y en la creación de métodos procesuales para objetivos que, a su vez, están libre de una legitimación racional. Todo el progreso científico-tecnológico en los centros metropolitanos y en las periferias mundiales muestra, en rasgos generales, una marcada propensión a la maximización del aprovechamiento de recursos naturales y humanos, a la elevación constante y obsesiva del rendimiento económico, a centrar la atención en torno de la problemática de la rentabilidad y de la eficacia; se trata, en el fondo, de la búsqueda de los medios más adecuados y eficaces, dejando de lado simultáneamente el análisis racional de los objetivos ulteriores, el cuestionamiento del conjunto mismo del progreso tecnológico y la indagación de largo plazo por el futuro de la civilización. La problemática ecológica pertenece a la racionalidad de los fines y corre peligro, tanto en las naciones altamente industrializadas como en los países sub-

desarrollados, de quedar al margen del pensamiento dominante en la administración pública y en la economía privada y de convertirse en objeto de especulación de pequeños círculos académicos.

Desde las investigaciones históricas de *Max Weber* se supone que el éxito de la civilización occidental está íntimamente ligado al carácter específico de la racionalidad europea. El núcleo de esta evolución sería, según Weber, un aumento cualitativo y cuantitativo de la actuación y del comportamiento instrumental-racionalista,¹ sobre todo en los ámbitos de la jurisprudencia y de la vida económica. La racionalidad instrumental es una forma de actuar caracterizada por un claro conocimiento del objetivo, por una planificación adecuada de los medios y por ser comprensible para su reproducción. El éxito material es su parámetro; a tal fin, este tipo de actuación trata de utilizar los recursos naturales y las condiciones ambientales de acuerdo con un orden planificado. Factores concomitantes han sido el desenvolvimiento de la ciencia, el desarrollo de los "especialistas" y de la burocracia y la doma de los instintos irracionales. La ganancia deviene, ante todo, un índice de eficiencia dentro de una organización del trabajo que produce según los principios de rentabilidad, continuidad y previsibilidad. Constitutiva para la racionalidad occidental ha sido seguramente su capacidad de cuantificación universal: la formalización y matematización de muchos procesos de la vida laboral y social, tal como había ocurrido, como logro positivo, en la esfera de las ciencias naturales y experimentales. Desde allí se originó la necesidad de expandir estos elementos científico-racionales a la organización de la economía, del Estado y del comportamiento individual.

Este concepto de racionalidad separa al mundo tradicional del moderno. El proceso de racionalización comprende la expansión de todas las áreas sociales, que van adoptando los parámetros de la racionalidad instrumental: la industrialización, la instrumentalización del trabajo en las grandes unidades, la urbanización, la reducción geográfica de la vida rural-agraria, y la creciente tecnificación de todos los niveles, incluyendo la vida individual y del hogar. La planificación moderna es también una forma de la racionalidad instrumental, pues persigue el establecimiento, mejoramiento y expansión de las unidades menores de racionalidad instrumental.² La racionalización permanente bajo la forma del progreso científico y tecnológico se

"institucionaliza" en la época actual y se convierte en el rasgo decisivo de la última etapa en el proceso de modernización.

La racionalidad instrumental crea además un nuevo modelo para la legitimación del poder y dominio políticos que es más "eficiente" que los modos legitimatorios de las sociedades tradicionales. En estas sociedades la legitimidad del poder residía en teorías cosmológicas o teológicas, aseguradas a su vez por sistemas de tradiciones culturales y de valores de orientación. En la sociedad moderna, la legitimidad está localizada en la base del trabajo social. La formación del principio de rendimiento empezó con la sociedad capitalista occidental, pero sobrevivió a este tipo de organización política y se convirtió en la fórmula universal justificatoria para las sociedades modernas industrializadas. Su importancia reside en que puede legitimar tanto el poder político como diferencias sociales sin recurrir a factores trascendentes y con un contenido aceptado en todos los estratos sociales.

La sociedad capitalista de Europa Occidental ha representado la primera etapa de la racionalidad instrumental en escala nacional en la praxis. Su superioridad se ha basado en un mecanismo económico que permite la expansión de los subsistemas de racionalidad instrumental en forma permanente y en la creación de una legitimación económica, bajo la cual la organización del poder y dominio político pueda ser adaptada a las necesidades de racionalización de esos subsistemas.³

La expansión horizontal de los subsistemas de actuación según la racionalidad instrumental puede ser considerada como el fenómeno más importante que define al proceso modernizador: conjuntamente al adelantamiento acumulativo de las fuerzas productivas todas las esferas de la vida social, especialmente la organización del trabajo colectivo, llegan a someterse a las "necesidades técnicas" de la racionalidad instrumental. Estos subsistemas, que se han originado en el campo de la producción material y de los conocimientos utilizables técnicamente, penetran lentamente en todas las instituciones de la vida estatal (burocracia, administración pública, fuerzas armadas), de la enseñanza, de los medios de transporte y comunicaciones y hasta de la vida familiar. Este proceso de racionalización tiende a uniformar todos los niveles y relaciones de nuestra existencia según las necesidades de una civilización industrial urbana y dependiente del principio de rendimiento. Las visiones del mundo y las teorías convencionales

pierden paulatinamente su función como interpretaciones del mundo que dan legitimidad al viejo estado de cosas, como religiones públicas y como pautas de comportamiento y valores de orientación de carácter obligatorio. Todas ellas van siendo reemplazadas por modelos modernos de legitimación, que pretenden tener carácter científico y que a veces han ganado méritos como intentos de crítica a la tradición, modelos que se basan sobre los principios del intercambio de equivalentes y de la igualdad jurídica.

Según *Max Weber*⁴ la diferencia entre tradición y modernidad en el terreno del comportamiento y de la actuación reside en el principio regulador de la actuación social. En la sociedad moderna el hombre se ha familiarizado con la idea tan difundida de que las condiciones de la vida diaria son comprensibles y controlables por la razón; la modernidad es, en parte, la confianza en que los asuntos ordinarios de la vida pueden ser interpretados y manejados por criterios racionales (en contraposición con la creencia tradicional de que eran inaccesibles a la razón y comparables más bien con la imprevisibilidad de las fuerzas naturales), de acuerdo con los cuales se hace posible establecer ciertas pautas de previsibilidad y cálculo para el futuro y para las expectativas individuales y sociales. El mundo aparece entonces como factible y fácil de ser influenciado por los designios humanos: conocimientos científicos y voluntad política son los dos factores esenciales para su control por la humanidad.

De especial importancia en el marco del presente estudio es la inclusión de la burocratización como parte constitutiva del proceso de racionalización. Como se sabe, la modernización y la industrialización han estado muy vinculadas con el desenvolvimiento del dominio burocrático sobre la sociedad: la burocracia es probablemente el medio más adecuado y racional para el florecimiento y expansión del poder político contemporáneo. Una burocracia eficiente puede transponer las aptitudes de rendimiento de la empresa industrial moderna al conjunto de la sociedad. Formalmente es el modo más adecuado de ejercer la dominación, porque está dirigido técnicamente hacia un máximo de rendimiento (siendo perfeccionable en ello) y porque tiene una aplicación universal para todas las tareas por causa de su precisión, disciplina, durabilidad, organización y confiabilidad (siendo por lo tanto, altamente previsible en todas sus manifestaciones).⁵ Su consistencia moderna le

confiere una enorme superioridad sobre las formas precedentes de dominio y administración: su entrelazamiento con la ciencia y la técnica, su acumulación de conocimientos de todo tipo de acuerdo con criterios sistemáticos y metódicos, lo hace combinar el principio económico-tecnológico de la eficiencia (la racionalidad calculante) con el *logos* del poder (del control social). Por causa de su perfección racional-formal, la que representa un instrumento de poder de primerísimo rango para los usufructuarios del aparato, genera la burocracia moderna una nueva tendencia evolutiva de enorme relevancia para la historia universal: la dependencia de la suerte material de las masas con respecto del funcionamiento siempre correcto de una organización burocrática exhibe la inclinación a incrementarse, y con ello se hace cada vez más improbable la posibilidad de su eliminación.⁶

Desde un punto de vista crítico se puede percibir que la expansión permanente de los subsistemas de racionalidad instrumental, es decir, la creciente modernización y sus decantaciones en la esfera de las pautas de actuación y comportamiento, no demuestran exclusivamente un carácter positivo. La época contemporánea no es pobre en ejemplos de cómo el incremento de la racionalidad formal-instrumental se ha unido a los designios más inhumanos y ha coadyuvado a consolidar los regímenes más represivos. Por otra parte, debe considerarse una consecuencia inmanente de todo este proceso, de efectos menos dramáticos, pero más duraderos y profundos. Si bien el objetivo del proceso de racionalización ha sido elevar la productividad del sistema industrial en una medida apenas concebible y fundamentar por medio de ello el dominio casi ilimitado del hombre sobre la naturaleza, al mismo tiempo la perfección formal-racional, convertida en un fin en sí mismo, ha impuesto el sometimiento del hombre bajo su racionalidad técnica y bajo su refinamiento burocrático, lo que implica ineludiblemente el principio de sumisión política. *Max Weber* llamó la atención sobre la posibilidad de que la tecnología moderna, en conjunción con la organización burocrática (ambas hijas de la racionalidad instrumental), den lugar al "domicilio del sometimiento", en el cual los ciudadanos tendrán que obedecer sin más alternativa cuando una administración pública técnicamente muy competente y, por lo tanto, racional, les asegure todo el suministro de bienes materiales, pero se arrogue el monopolio de las decisiones políticas.⁷

La situación en los países del bloque socialista no ha sido, desde este punto de vista, fundamentalmente distinta. La forma específica en la que se ha llevado a cabo la construcción del socialismo en la Unión Soviética y en otros países no corresponde, con cierta seguridad, a las intenciones del marxismo primigenio sino más bien a una mera "supresión progresiva del capitalismo privado".⁸ La estatización de los medios de producción no ha originado una diferencia substancial con respecto del orden capitalista en un campo fundamental: en ambos sistemas continúa la separación de los productores de los medios de producción. Esta separación es, empero, constitutiva para el progreso tecnológico y para cualquier forma de sociedad moderna e industrializada. Weber señaló con gran perspicacia que una burocratización creciente llevaría indefectiblemente a una estatización en aumento; esta última representaría la culminación del proceso occidental de racionalización y de desencantamiento del mundo.⁹ Ya que la administración burocrática es técnicamente el modo más racional de dominio, resulta ser al mismo tiempo totalmente inevitable para un aparato eficiente encargado de las necesidades de las masas.¹⁰ La imprescindibilidad de la burocracia como núcleo de la administración de masas está fundamentada en el carácter neutral, universal e independiente de los estratos sociales y en la capacidad tecnológica de eficacia que posee el aparato burocrático. Por lo tanto, según Weber, toda variante del socialismo contemporáneo tendrá que tomar a su cargo y perfeccionar la maquinaria burocrática; proféticamente sugirió que cualquier lucha contra la burocracia estatal sería inútil: "A la burocratización le pertenece el futuro".¹¹ En este sentido, Weber anticipó la evolución del tipo de socialismo de Estado que surgió después de 1917, cuando la supresión del orden capitalista y de la propiedad privada se convirtió en la dominación autocrática de una burocracia estatal, independizada de todo control desde instancias inferiores.¹²

Es útil señalar que el análisis de Max Weber acerca de la expansión de los subsistemas de racionalidad instrumental se interrumpe allí donde él entrevió las consecuencias del desenvolvimiento permanente y estrictamente racional de la perfección tecnológica en conjunción con el desarrollo igualmente racional de la burocracia. El concepto de razón misma se manifiesta en la obra de Weber como acrítico, y su equiparación de la racionalidad técnica con la racionalidad de la dominación

estatal y política descubre un fuerte tinte ideológico: el concepto de razón weberiano (y el de las teorías surgidas en la sucesión al gran sociólogo alemán) puede ser calificado, por causa de su funcionalismo universal, como una reducción de la calidad a la cantidad. Esta clase de racionalidad es la precondition indispensable para una eficacia calculable, pero también para la dominación calculable y calculadora. El peligro de esta reducción de la racionalidad a su aspecto formal-técnico consiste en la abstracción de todos los elementos que no pueden ser cuantificados: ni la meta ulterior y genuina del proceso secular de racionalización ni los costos humanos sociales del mismo pueden ser abarcados por aquella concepción restringida de razón. En nombre la neutralidad de la racionalidad formal-técnica se filtran intereses de dominación socio-política, que no son explicitados por la teoría: el concepto de racionalidad pura y neutral permite que el modelo reinante de dominación circunstancial sea visto implícitamente como el marco razonable de organización política, del cual no hay escape posible. Los intereses y finalidades de los distintos poderes políticos quedan al margen de esta concepción de racionalidad, como lo describe la amplia crítica que existe al respecto.¹³

Tanto la concepción weberiana de racionalidad como el concepto de *modernización* de la escuela estructural-funcionalista (Apter Eisenstadt, Levy, etc.)¹⁴ permanecen dentro del marco de una racionalidad restringida de corte formal-técnico. Modernización significa en este contexto la apertura de la realidad para la expansión de un modo de actuar controlado por el éxito; la superación de la tradicionalidad es la adaptación de instituciones, modos de producción y pautas de comportamiento a las necesidades de la racionalidad instrumental. La disposición sobre los recursos naturales se amplía a una disposición tecnicista sobre los "recursos" humanos; los parámetros propuestos por los diferentes exponentes de la *Teoría de la Modernización*¹⁵ para explicar el paso desde la tradicionalidad hasta la modernidad -el desarrollo de las normas generales universalistas, el desenvolvimiento de la capacidad de actuación de los estados, la formación del Estado y la conciencia nacionales, la evolución de nuevas fuentes de energía y de nuevos instrumentos de producción, la occidentalización de las sociedades extra-europeas, la diferenciación de los roles y la especificación de las funciones- permanecen dentro del

ámbito de la racionalidad instrumental y del incremento de sus subsistemas. Los elementos que separan a una sociedad tradicional de una moderna, como la decadencia de la solidaridad basada en el parentesco, aumento de la adaptabilidad funcional, ascetismo intramundano, racionalización de la vida diaria, funcionalidad creciente de las relaciones interpersonales, el trabajo como valor inminente, etc., tienen su correspondencia en el contexto estatal, como la burocracia orientada racionalmente, previsibilidad de las instancias con poder de decisión, concentración de los instrumentos administrativos, uniformización y normalización en el campo jurídico, etc.

Pese a su notable valor para explicar importantes aspectos del cambio social en la época contemporánea, donde efectivamente la modernización constituye la alteración más importante experimentada por las naciones periféricas y la verdadera revolución de sus sistemas económicos y sociales, estas teorías derivadas del funcionalismo estructural e inspiradas en última instancia por la obra de Max Weber no alcanzan a interpretar toda la gama de consecuencias y problemas que genera la consecución del progreso material. La abstinencia de juicios de valor acerca del asunto estudiado conlleva una privación de juicio sobre el sentido mismo del proceso analizado y hace aparecer en una luz neutral la disposición tecnicista sobre "recursos" humanos y naturales que resulta necesariamente de la expansión de la racionalidad instrumental; la dominación perfecta de la naturaleza y la concomitante racionalización de los medios puede coexistir con una creciente irracionalidad de los fines. La historia contemporánea no es pobre en ejemplos que muestran cómo la perfección de los medios técnicos ha estado directamente al servicio de la represión más rigurosa en el interior y de la agresión de otras naciones. La carrera armamentista representa otra forma bajo la cual el adelanto y la sofisticación tecnológicas corresponden solo al avance del irracionalismo colectivo.

Una *teoría crítica de la modernización*, que acepte los resultados parciales de la investigación empírica y los análisis históricos de las distintas variantes de la Teoría de la modernización, especialmente las tesis de Max Weber sobre el proceso mundial de racionalización, tiene que incluir juicios valorativos en torno de las metas del desarrollo histórico y de los objetivos de los diversos modelos de evolución. La racionalidad instrumental, que reproducen los exponentes del funcionalismo

estructural en sus análisis en lugar de estudiar sus limitaciones, se preocupa por la adecuación de medios y procedimientos con respecto de fines que, como tales, son aceptados implícitamente y sin que, a su vez, estén sometidos al examen de la razón.¹⁶ No solamente hay que poner en duda la positividad y el carácter paradigmático que todas estas teorías atribuyen al progreso tecnológico-económico, sino también la identificación de progreso material con progreso político. Los autores norteamericanos se inclinan particularmente a ver en la expansión de la racionalidad instrumental la posibilidad casi ineludible de democracia al estilo occidental, suponiendo que el desarrollo material lleva automáticamente a etapas superiores de la evolución político-cultural y admitiendo obviamente que el modelo occidental es el paradigma social por excelencia, la encarnación de todos los aspectos positivos concebibles en una unidad estatal. Esta equiparación de un centro metropolitano con un paradigma de desarrollo para el resto del mundo no está limitada, empero, a las teorías de la modernización en la sucesión del funcionalismo estructural. La corriente ortodoxa del marxismo-leninismo y no pocas tendencias marxistas independientes siguen considerando a la Unión Soviética o a alguno de los países socialistas importantes como ejemplos valederos de evolución histórica, que los otros países harían bien en imitar -salvando las nunca bien especificadas diferencias nacionales, por supuesto. Pero aun en el caso de no propagar directamente las bondades de un estado socialista ya establecido, las diversas líneas marxistas toman los criterios para juzgar el desarrollo histórico del desenvolvimiento de los centros metropolitanos, tal como hizo Marx con Gran Bretaña; tampoco ellas conceden a las periferias mundiales la capacidad de crear un modelo histórico fundamentalmente diferente -y válido- en comparación con el paradigma metropolitano.

La expansión de la racionalidad instrumental, con todo lo que esta supone, es probablemente el cambio más importante que se puede detectar en los países subdesarrollados, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, ya que la mayoría de ellos ha emprendido esfuerzos más o menos sistemáticos y exitosos para superar el atraso relacionado con sus modos tradicionales de producción, consumo, gobierno y administración. La entrada de las técnicas modernas de la agricultura y manufactura, la transformación concomitante de las pautas de comportamiento, la industrialización y

la tecnificación de la vida cotidiana han significado modificaciones más relevantes que el establecimiento de regímenes socialistas o la estatización de los medios de producción o la introducción del partido único en algunos de estos países periféricos. Por lo tanto, la transición desde la tradicionalidad hasta la modernidad en cuanto concepto analítico posee una precisión y un valor mayores que criterios derivados de lucha de clases o de la propiedad de los medios de producción. La interpretación de la realidad periférica según los parámetros de tradicionalidad/modernidad parece apropiada, pues los países que se hallan dentro de la esfera de influencia del capitalismo occidental y aquellos que se encuentran fuera de ella -con regímenes internos totalmente diferentes- están empeñados, ante todo y sobre todo, en modernizar aceleradamente sus propias sociedades según lo ya existente en las metrópolis y en colaborar así a la marcha victoriosa de la racionalidad instrumental. Un punto de vista crítico no debe olvidar, sin embargo, el carácter de *medio* que posee el proceso de modernización y la posibilidad -hecha realidad cotidianamente- de que el progreso material se convierta en irracionalismo y regresión.

Los regímenes socialistas existentes dedican aún hoy la inmensa mayoría de sus esfuerzos a la ejecución de tareas que según el marxismo primitivo corresponden al ámbito *presocialista*. Parece adecuado incluir la así llamada *construcción del socialismo* dentro del proceso de modernización, pues esta etapa no abarca tanto la emancipación de la clase proletaria ni la edificación del "Reino de la Libertad", sino más bien la acumulación acelerada de capital, la creación de una estructura industrial y el disciplinamiento pertinente de las masas de trabajadores -en suma, el perfeccionamiento del "Reino de la Necesidad" (se trata, evidentemente, de una variante del proceso de modernización, en la cual la propiedad de los medios de producción está en manos del Estado centralizador, variante que tiene una enorme relevancia en el análisis especializado).

El modelo soviético de acumulación forzada, que no ha perdido su atracción sobre algunos pensadores dependencistas como André Gunder Frank,¹⁷ ha exhibido notables éxitos materiales, particularmente en lo relativo a la amplitud del esfuerzo organizativo y a la magnitud cuantitativa del resultado, pero ha ido acompañado por mecanismos severísimos de controles y sanciones, por la reintroducción del principio de rendimiento en

todos los niveles, por la limitación de los derechos individuales y políticos, por trasplantes de poblaciones enteras, por la despolitización de la vida social y por el restablecimiento de la ética convencional del trabajo, aparte de otros excesos bien conocidos. También la acumulación socialista ha significado una restricción al consumo de la población por un largo período de tiempo y una dilatación sin precedentes del aparato coercitivo, lo que ha conducido indefectiblemente a consolidar y ampliar el poder de la burocracia y a uniformar enteramente todos los aspectos de la vida social según los intereses de aquella organización administrativa. También aquí se realizó la acumulación mediante la expropiación de una buena parte del excedente de origen campesino y no-industrial: el peso de la industrialización lo tuvo que soportar la población situada fuera de la industria, lo que no significa que las masas de obreros en la manufactura tuviesen que afrontar una situación fundamentalmente más favorable. También aquí las masas tuvieron que sobrevivir con un nivel salarial extremadamente bajo; al igual que en la acumulación originaria capitalista, los productores tuvieron que ser separados de sus medios de producción sin miramiento alguno.¹⁸ A pesar de notables diferencias ideológicas, los partidos comunistas y los movimientos socialistas de izquierda, que se han apoderado de la responsabilidad política en algunos países del Tercer Mundo, comparten la opinión de Lenin sobre la positividad intrínseca y necesidad imprescindible del aparato burocrático para ejecutar y dirigir la tarea de la acumulación primaria de capital, subrayando, según el caso, la posibilidad de hacer prevalecer más corrección y flexibilidad; en todo caso, la burocracia, rectora de las fuerzas productivas, genera su buena dosis de represión al cumplir su misión de dar un nuevo rostro a las sociedades atrasadas, marcado por el fuego de la tecnología y de las alienaciones modernas.¹⁹

La cuestión de los costos sociales y humanos -evidentemente un juicio de valor- es otro de los temas que debe retomar la conciencia científica crítica. También en los países periféricos los proyectos de modernización acelerada han impuesto su fuerte tributo: en Cuba, por ejemplo, se abandonó la concepción de los *incentivos morales*²⁰ cuando se vio que la productividad decaía y que era necesario movilizar a toda la población para llevar a cabo el programa propuesto desde arriba. En una situación de represión generalizada y de

grandes dificultades económicas, el requerido rendimiento superior de la población no podía provenir de un impulso meramente moral o de la llamada "conciencia política", sino que tuvo que ser impuesto por la introducción de incentivos materiales, por la reintroducción de la ética laboral convencional y por un mecanismo muy dilatado de control, gratificación y castigo.²¹ Por otra parte, el gobierno cubano tuvo que echar mano de un viejo método de acumulación: el trabajo no pagado. Tanto la línea ortodoxa del partido como la corriente guevarista ven en el trabajo no pagado un instrumento legítimo para la construcción del socialismo.²²

En otro punto importante se puede constatar una semejanza estructural entre sociedades de diferente cuño empeñadas en la acumulación: en la concepción de una ética "moderna" proclive a la laboriosidad, al auto-control permanente, a la competencia entre los trabajadores y al principio de rendimiento. Tanto en la Unión Soviética como en los otros países socialistas más atrasados han brotado teorías y -lo que es realmente importante- pautas orientadoras del comportamiento cotidiano con carácter coercitivo que declaran la competencia entre los trabajadores, la remuneración dependiente del rendimiento y la obediencia a las consignas de los superiores jerárquicos como virtudes socialistas y valores paradigmáticos en la moral cotidiana. Aparentemente, todos los sistemas de acumulación no pueden prescindir de una ética generalizada que legitime las desigualdades de ingresos y gratificaciones, del principio de la concurrencia individualista y de la sumisión bajo las instancias superiores; por otra parte, estos sistemas incluyen el postulado de que el trabajo, aun el más duro, representa el sentido mismo de la vida, resultando esta concepción muy cerca del ascetismo intramundano del protestantismo que, según Max Weber, prestó un servicio indispensable para el surgimiento del capitalismo moderno.²³ El trabajo como un fin en sí mismo convierte la relación entre medios y objetivos en la esfera laboral en una identificación de la ocupación laboral con el sentido positivo de la existencia; el culto a la laboriosidad conlleva, empero, una marcada relativización de la vida y del quehacer individuales, ya que todo esto está en función directa del gigantesco programa de acumulación, para el cual es totalmente indiferente la pretensión de felicidad individual.

Estos paralelismos permiten subsumir al avance económico-tecnológico bajo el régimen de la iniciativa privada y la acumulación primaria de capital bajo control del Estado socialista como dos variantes (con notables diferencias entre sí) del mismo proceso de modernización acelerada, que, en el fondo, se reduce a una expansión de la racionalidad instrumental, sin que el proceso signifique al mismo tiempo la consecución de la racionalidad de los fines. Explícitamente contrapuesta a la mayoría de las teorías contemporáneas de desarrollo, la teoría crítica de la modernización, que conforma el marco analítico de referencia del presente estudio, no comparte la creencia en la bondad y positividad *a priori* del progreso material ni supone que la industrialización sea la solución del llamado subdesarrollo ni presupone que este último encarne exclusivamente un valor negativo. En todo caso, los parámetros de la racionalidad meramente instrumental y los conceptos de las teorías convencionales no son aptos para abarcar valores y dimensiones que pertenecen a la esfera de los fines propiamente dichos y de la racionalidad que trasciende la instrumentalidad: efectiva participación política, conciencia crítica con respecto de los problemas públicos, felicidad individual libre de poder, cultura sin ideología, vida comunitaria exenta de burocracia, bienestar libre de lo superfluo y de las obsesiones de grandiosidad, conservación de la naturaleza, equilibrio duradero de los diferentes ecosistemas de nuestra biósfera y progreso de la libertad en un marco de autonomía individual.

En resumen, la teoría crítica de la modernización incluye los siguientes planteamientos sobre esta problemática:

- 1) La creación del primer sistema de industrialización completa y la organización concomitante del mercado mundial con sus tendencias expansivas hacen cada vez más improbable el desarrollo orgánico de otras sociedades (como las ahora periféricas) de acuerdo con sus leyes y ritmos immanentes. Por otra parte, la fuerza centrífuga de las sociedades altamente desarrolladas y la posición desfavorable con respecto de recursos naturales y de otra índole en los países más atrasados constituyen los factores externos e internos que hacen inverosímil que estos últimos puedan reproducir todo el ciclo de desarrollo que caracteriza a las naciones del Norte. La evolución de los ahora centros metropolitanos, particularmente en Europa Occidental, ha establecido líneas y estándares de

desarrollo, que, en un transcurso secular, han adquirido la categoría de ejemplares e imitables, sobre todo en lo relativo al proceso de racionalización, a las pautas de consumo masivo y a la organización del ámbito estatal-administrativo. Dos logros de la civilización occidental han pasado, de modo especial, a ser paradigmas irrenunciables de desarrollo: la industrialización y la consolidación del Estado nacional.

2) La acumulación de capital y el disciplinamiento pertinente de las masas exhiben características comunes a pesar de llevarse a cabo en regímenes muy diferentes con respecto de la ideología y de la propiedad de los medios de producción; en todo caso, el proceso de modernización ha servido esencialmente para crear la base material-tecnológica de lo que se conoce por "progreso", lo que no ha significado simultáneamente un adelantamiento comparable en los terrenos cultural y político.

3) La modernización y su parte más importante, la erección de una estructura industrial, ha traído consigo la expansión de la racionalidad instrumental, es decir, la introducción de los medios y procedimientos necesarios para la moderna civilización tecnológica, pero no necesariamente el incremento de una racionalidad integral, que comprenda también la dimensión de la participación política y cultural y la discusión de las metas mismas de la evolución histórica. La dilatación y el mejoramiento de la burocracia han aumentado en una forma que no está correlacionada con un incremento paralelo de la felicidad individual y de la democratización en las bases de la sociedad.

4) La urgencia generalizada por alcanzar en el tiempo más breve posible los frutos del proceso modernizador y las consecuencias de un modo estrictamente utilitario y pragmático de pensar y actuar originan un desplazamiento de la opinión pública desfavorable al análisis de largo plazo de la problemática, a la discusión crítica de las metas del proceso de desarrollo y, en general, a toda preocupación que tenga cariz trascendente o especulativo. Así, no solamente las cuestiones ecológicas, sino también los efectos negativos y hasta regresivos del adelantamiento material se convierten en temas desdeñados por las grandes corrientes políticas y científicas; la marcha victoriosa de la racionalidad instrumental tiende, pues, a hacer aparecer el debate ecológico, *a priori*, como un

asunto de importancia muy secundaria, apropiado para captar la atención de utopistas y espíritus antipatriotas y, de todas maneras, como una materia de la cual no se derivan consecuencias inmediatas para la praxis social. Y si algún tema más o menos vinculado a la problemática del ambiente pasa a ser momentáneamente el centro de la atención colectiva o de los debates públicos, como la presión demográfica o la duración de ciertos recursos naturales, entonces lo es sólo en función utilitaria de ciertas metas obvias e indiscutidas; en tales casos, las argumentaciones se reducen a evaluar el porcentaje adecuado que debería tener la utilización de gasolina entre los suministros de combustibles para evitar un agotamiento prematuro de los hidrocarburos o a calcular cuál debería ser la tasa óptima de crecimiento para cumplir con metas fijadas de antemano.

En todos estos argumentos la magnitud de la población, la tasa de su incremento y los escasos razonamientos de orden ecológico están en función y al servicio del desarrollo económico, y no este último en función del libre desenvolvimiento de los hombres; además del carácter utilitarista de este modo de pensar hay que subrayar el hecho de que un proceso deseable de adelanto social y económico aparece siempre ligado a lo grande, extenso y poderoso. La dependencia con respecto de los centros metropolitanos se ha decantado también en los métodos de la argumentación: no solamente las metas generales del desarrollo, sino asimismo las modalidades del razonamiento han sido copiadas de las sociedades del Norte y de su versión más burda. La conciencia intelectual colectiva en el Tercer Mundo no sólo adopta como objetivos propios los logros de la civilización metropolitana, sino que los simplifica hacia su aspecto material y presente, sin considerar sus connotaciones culturales o sus perspectivas de largo plazo. Así es como esta conciencia se aferra totalmente al avance tecnológico o a la construcción estrictamente económica del socialismo como a valores absolutos, mientras que en los países altamente desarrollados ya ha surgido una conciencia crítica que pone en duda la pretendida positividad permanente del progreso y la manera unilateral como se creó el socialismo de Estado en los países de Europa Oriental. En esto no se pueden constatar grandes diferencias entre la tecnocracia conservadora y los revolucionarios intelectuales: ambas corrientes comparten una ingenua creencia en las

bondades intrínsecas y perennes del crecimiento material y en la convivencia de no perder tiempo ni energías en especulaciones que puedan poner en peligro esta convicción tan poderosa. En realidad, la mentalidad de los grupos sociales más importantes de América Latina (sin considerar algunas excepciones importantes) ha adoptado como propias ciertas premisas y metodologías del pensamiento acrítico y utilitarista de los centros metropolitanos y las ha internalizado tan exitosamente que fuera de ellas no puede concebir otras alternativas, precisamente cuando ya en aquellos centros se las ha puesto en cuestionamiento y duda. Tanto en el caso de los tecnócratas conservadores como en el de los revolucionarios socialistas, los hombres concretos se han convertido en material cuantificable, en meros factores de cálculo dentro de ambiciosos proyectos, despojados de especulaciones humanistas. Dentro de este contexto es evidente que cualquier reflexión crítica sobre problemas ecológicos y demográficos tienda a ser desplazada sistemáticamente afuera de la atención pública. Se corre así peligro de reproducir todos los aspectos más o menos negativos y regresivos de la civilización metropolitana, esta vez con toques de folklorismo y con elementos revolucionario-socialistas, aspectos que conducen a la degradación de la naturaleza, a la carrera armamentista, al consumismo alienante, a la uniformidad cultural y a la crisis ecológica duradera. El desprecio de la naturaleza como ente con derechos propios, el surgimiento de desarreglos en los ecosistemas, la tendencia a los hacinamientos en las grandes urbes y la regresión del individuo son, empero, los resultados inevitables de una cultura basada en criterios estrictamente materiales y exenta de un correctivo crítico de peso político; es, en parte muy considerable, la consecuencia previsible de depender de modelos exteriores -pero se trata de un tipo de dependencia que se perfila como fundamentalmente distinto del analizado por la Teoría latinoamericana de la Dependencia.

Los efectos de más envergadura que puede generar la marcha victoriosa de la racionalidad instrumentalista son aquellos de largo plazo y situados en el plano de los condicionantes del futuro. Lo grave de la posición acrítica con respecto de la ecología es la ceguera ante las dificultades que se hacen notar ya en la realidad latinoamericana: el proceso modernizador ha causado una hiperurbanización en los principales países, la hiperurbanización ha originado serios problemas sociales y

políticos de gran envergadura como la destrucción de bosques y la reducción paulatina de la capacidad autorregenerativa de la naturaleza (el avance de zonas áridas, por ejemplo), y los obstáculos ya muy manifiestos para alimentar a una población que aumenta en proporción exponencial. No es pertinente, por otra parte, hablar de una responsabilidad individual con respecto de esta evolución; se trata de pensamientos colectivos y de proyectos de desarrollo compartidos por grupos numerosísimos, seguros, además, de anhelar lo mejor para el país respectivo. En el fondo, estos procesos pueden ser atribuidos también a la versión latinoamericana de una convicción universal y biológica del progreso basada en términos materiales y centrada en torno del concepto de crecimiento acelerado, concepto básico tanto del capitalismo convencional como del socialismo real. La inclinación a ver en el crecimiento incesante un aspecto predominantemente positivo testimonia, por otra parte, de la persistencia de valores biológicos en el preconsciente colectivo y de su transposición al campo de la economía política: el crecimiento es infinitamente superior a la estagnación, lo nuevo mejor que lo viejo, el apresuramiento preferible a la lentitud. A pesar de todos los argumentos críticos relativizando su valor, una tasa elevada de crecimiento económico sigue siendo, tanto para conservadores como para socialistas, uno de los criterios más importantes para calificar cualquier proceso de desarrollo en el Tercer Mundo.

Paralelamente a esta tendencia biológica se halla la ya mencionada especialización del pensamiento intelectual, proclive a concentrarse en un solo ámbito de problemas y a ver la solución de cuestiones muy amplias en el tratamiento y extrapolación de un factor único. Así, mientras los tecnócratas conservadores creen ver la problemática de los recursos naturales como una mera cuestión de precio (a mayor precio de una materia prima mayores dimensiones de las reservas respectivas), los revolucionarios socialistas sostienen que la supresión del principio capitalista del lucro terminaría con el uso irracional de los recursos naturales y con los excesos del consumismo. Ambas posiciones no reflejan en su análisis la complejidad de la temática y el marco de referencia, que contiene un gran número de variables, derivando sus conclusiones ingenuamente optimistas de extrapolaciones derivadas de un parámetro único. Este tipo de pensamiento, que suele calificarse a sí mismo de realista y concreto por contraposición a las refle-

xiones ecológicas (utopistas e irreales), ha demostrado hoy en día sus limitaciones implícitas, limitaciones que se manifiestan como peligrosas para el futuro de la humanidad por no llegar a aprehender el nivel y la esencia de la problemática contemporánea. Como escribieron Paul y Anne Ehrlich²⁴, una de las grandes ironías de la historia humana reside en que los "realistas" y "pragmáticos" no han sabido reconocer la realidad y en que nuestra esperanza se encuentra en aquello que los realistas han denunciado siempre como los sueños de los idealistas.²⁵

Notas

1. Cf. Günter Abramowski, *Das Geschichtsbild Max Webers (La concepción de la historia en Max Weber)*, Stuttgart 1966, p. 14; Reinhard Bendix, *Max Weber. An Intellectual Portrait*, New York, 1962, pp. 49-79, 417-430.
2. Jürgen Habermas, *Technik und Wissenschaft als "Ideologie" (Técnica y ciencia como "ideología")*, Frankfurt: Suhrkamp 1968, p. 48.
3. *Ibid.*, p. 70 s.
4. Max Weber, *Soziologie, Weltgeschichtliche Analysen, Politik (Sociología, análisis de la historia mundial, Política)*, Stuttgart: Kröner 1968, p. 150.
5. Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft (Economía y sociedad)*, Tübingen 1947, t. I, p. 128.
6. *Ibid.*, t. II, p. 669. - Cf. la excelente obra de Wolfgang Mommsen, *Max Weber. Gesellschaft, Politik und Geschichte (Max Weber. Sociedad, política e historia)*, Frankfurt: Suhrkamp 1974, *passim*.
7. Max Weber, *Gesammelte politische Schriften (Obras políticas reunidas)*, München, 1921, p. 151.
8. *Ibid.*, p. 150.
9. *Ibid.*, p. 141.
10. Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, op. cit., t. I, p. 128; cf. también: Lloyd I. Rudolph / Susanne Hoeber Rudolph, *Autoridad y poder en la administración burocrática y patrimonial. Una interpretación revisionista de las ideas de Weber sobre la burocracia*, en: Oscar Oszlak (comp.), *Teoría de la burocracia estatal: enfoques críticos*, Buenos Aires: Paidós 1984, pp. 121-161.
11. M. Weber, *Gesammelte politische Schriften*, op. cit., p. 149.
12. *Ibid.*, p. 151. - Cf. la crítica marxista ortodoxa de las posiciones de Weber: Gertraud Korf, *Ausbruch aus dem "Gehäuse der Hörigkeit"? Kritik der Kulturtheorien Max Webers und Herbert Marcuses (Evasión desde la "jaula de hierro"? Crítica de las teorías de la cultura de Max Weber y Herbert Marcuse)*, Berlin/R-DA: Akademie 1971.
13. Cf. sobre todo dos críticas procedentes de la Escuela de Frankfurt: Herbert Marcuse, *Industrialisierung und Kapitalismus im Werk Max Webers (Industrialización y capitalismo en la obra de Max Weber)*, en: H. Marcuse, *Kultur und Gesellschaft (cultura y sociedad)*, Frankfurt: Suhrkamp 1965, t. II, pp. 109-127; Jürgen Habermas, *Technik und Wissenschaft als "Ideologie"*, op. cit., pp. 48-71. - Sobre la burocracia cf. Theodor Leuenberger, *Bürokratisierung und Modernisierung der Gesellschaft (Burocratización y modernización de la sociedad)*, Berna/Stuttgart 1975; Wolfgang Schluchter, *Aspekte bürokratischer Herrschaft (Aspectos de la dominación burocrática)*, Mün*chen 1972.
14. En torno de la muy difundida versión norteamericana de la Teoría de la Modernización citaremos solo algunas bibliografías exhaustivas: John Brode, *The Process of Modernization. An Annotated Bibliography on the Socio-cultural Aspects of Development*, Cambridge (M): Harvard University Press 1969; F. W. Frey (comp.), *Survey Research on Comparative Social Change. A Bibliography*, Cambridge (M): M. I. T. Press 1969; Allan A. Spitz, *Development Change. An Annotated Bibliography*, Lexington: The University of Kentucky Press 1969. - También es importante: H. Bernstein, *Breakdown of Modernization. A Review Article*, en: *JOURNAL OF DEVELOPMENT STUDIES*, Vol. 8, Nr. 2, Enero 1972.
15. Sobre una exposición y crítica de la Teoría de la Modernización cf. P. Flora, *Modernisierungforschung (Investigación de la modernización)*, Opladen: Westdeutscher Verlag 1974; Hans-Ulrich Wehler, *Modernisierungstheorie und Geschichte (Teoría de la modernización e historia)*, Göttingen: V & R, 1975.
16. La fundamentación teórica de la teoría crítica de la modernización reside en la obra de la llamada "Escuela de Frankfurt", y más especialmente en los estudios de Max Horkheimer. Cf. su *Sozialphilosophische Studien (Estudios social-filosóficos)*, Frankfurt: Fischer Athenäum 1972, p. 47 s.
17. A. G. Frank, *Lateinamerika: kapitalistische Untereentwicklung oder sozialistische Revolution (Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista)*, en A. G. Frank et alia, *Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus (Crítica del antimperialismo burgués)*, Berlin: Wagenbach 1969, p. 108.
18. Cf. Maximilien Rubel, *Le "chaînon le plus faible": à propos de la "loi" de développement inégal*, en: *MONDES EN DEVELOPPEMENT (Paris)*, Vol. 1973, Nr. 1, p. 107.
19. Cf. Alexander Erlich, *Die Industrialisierungsdebatte in der Sowjetunion 1924-1928 (El debate sobre la industrialización en la Unión Soviética, 1924-1928)*, Frankfurt: EVA 1971, p. 52; Hans Raupach, *Geschichte der Sowjetwirtschaft (Historia de la economía soviética)*, Reinbek: Rowohlt 1964, p. 201; Werner Hofmann, *Die Arbeitsverfassung der Sowjetunion (La constitución*

laboral de la Unión Soviética), Berlin: Duncker & Humblot 1956, p. 28.

20. Cf. Carmelo Mesa-Lago, *El problema de los incentivos en Cuba*, en: *APORTES*, Vol. 1971, Nr. 20; R. M. Bernardo, *The Theory of Moral Incentives in Cuba*, Alabama: Alabama University Press 1969.

21. Cf. C. Mesa-Lago, *The Labour Sector and Socialist Distribution in Cuba*, New York: Praeger 1968; R. E. Bonachea/N. P. Valdés (comp.), *Cuba in Revolution*, New York 1972, pp. 370-378, 417-420.

22. C. Mesa-Lago, *Economic Significance of Unpaid Labour in Socialist Cuba*, en: Bonachea/Valdés (comp.), op. cit., pp. 390-410.

23. Cf. Barrington Moore, *Soviet Politics - The Dilemma of Power*, New York, 1965, p. 315; Herbert Marcuse, *Die Gesellschaftslehre des sowjetischen Marxismus (La doctrina de la sociedad del marxismo soviético)*, Neuwied: Luchterhand 1964, p. 177.

24. Paul R. Ehrlich/Anne H. Ehrlich, *Bevölkerungswachstum und Umweltkrise (Crecimiento de la población y crisis del ambiente)*, Frankfurt, 1972, p. 429.

25. Con respecto de esta temática ha florecido en América Latina a partir más o menos de 1980 una posición más sobria y realista. Cf. algunos testimonios: Mario Arrieta Abdalla, *Política y ecología en las formaciones económico-sociales americanas*, en: *NUEVA SOCIEDAD*, NO. 87, enero/febrero de 1987, pp. 74-84; Gustavo Martín, *Ecología y política: algunos aportes de la antropología al debate*, en: *ibid.*, pp. 129-138; Francisco Rojas Aravena (comp.), *América Latina: desarrollo y perspectivas democráticas*, San José: *FLACSO* 1982; Aníbal Quijano, *Las ideas son cárceles de larga duración*, en: *LA CIUDAD FUTURA*, No. 2, oct. de 1986, p. 21 ss.; José Aricó / Waldo Ansaldi, *Debemos reinventar América Latina, pero ... desde qué conceptos "pensar" América?*, en: *DAVID Y GOLIATH*, vol. XVI, No. 49, julio de 1986, pp. 3-16; Gonzalo Martner (comp.), *El desafío latinoamericano. Potencial a desarrollar*, Caracas: *NUEVA SOCIEDAD/UNITAR/PROFAL* 1987; Gonzalo Martner (comp.), *Diseños para el cambio. Modelos socio-culturales*, Caracas: *NUEVA SOCIEDAD/UNITAR/PROFAL* 1987.

H. C. F. Mansilla
Casilla Postal 2049
La Paz Bolivia